



Durante 15 días los peregrinos de Santa Clara Berkeley USA caminaron desde Loyola a Manresa y desde allí volaron a Roma, donde se encontraron con el P. Sosa, General de la Compañía de Jesús.

La peregrinación Camino Ignaciano es un encuentro personal y comunitario con Dios a través del marco de Ignacio de Loyola, el peregrino. Me uní a esta aventura junto con otros 14 estudiantes y profesores de la Jesuit School of Theology of Santa Clara University Berkeley Campus. Estudiamos, leímos y nos preparamos durante meses antes de nuestra marcha. Nuestra preparación física, académica y espiritual nos llevó más allá de la logística y los fundamentos de estar listos para ello, sino que nos llevó a una conexión más profunda con uno mismo, con los demás y con Dios a través de los ojos y la experiencia de Loyola. Una vez me preguntaron si recomendaría este Camino Ignaciano y qué debería esperar una persona de él, creo que ya tengo una respuesta.

No una pregunta fácil de responder porque tiene muchas dimensiones. Sin embargo, algunos aspectos son fundamentales para la propia experiencia.

"La vida cristiana es una peregrinación de la tierra al cielo, y nuestra tarea consiste en llevar con nosotros al mayor número posible de personas en este viaje" (Warren W. Wiersbe). Desde el principio de nuestra preparación, claro que este viaje cristiano no era para hacerlo solo. Debemos vivirlo y no sólo soportarlo o sobrevivir a él como grupo y como individuos. Lo hacemos como un viaje personal, pero también somos interdependientes unos de otros. Esta cita lo ilustra perfectamente. La clave está, por tanto, en que "tomar tantos como sea posible" está abierto a la interpretación. Estamos invitados a llevar con nosotros a cada uno de nuestros y amigos, así como a nos pidieron que rezáramos. Llevamos a muchos en nuestras oraciones, así como en nuestros pensamientos y en nuestro corazón. Cada uno de nosotros llevó diferentes intenciones, diferentes dolores, alegrías y penas en este viaje y los llevamos tanto como necesitábamos ser llevados. Algunos los dejamos al principio del viaje. Algunos los llevamos hasta el final. No había límites ni expectativas, sólo la calidad y la intencionalidad de nuestras acciones. Lo mejor de todo es que nadie lo hace por sí mismo. Todos lo hacemos, en última instancia, porque Dios ha puesto en nosotros el deseo de buscarle en el camino, en la marcha, en la peregrinación, en el sufrimiento de nuestras largas caminatas y charlas, así como en la admiración y contemplación de su creación.

Caminamos como Ignacio. Comimos quizás el mismo o parecido pan con jamón así como el café con leche, sin embargo el trabajo único de Dios con nosotros fue especial y a nuestra medida. Hizo por mí lo que más necesitaba. Dios se manifestó en las obras de arte que vimos, la creación y la belleza de un nuevo día; bendijo nuestra conversación matutina diaria y, lo que es más importante, nos curó y nos tocó cuando todos lo necesitábamos en su propio tiempo y espacio. La peregrinación abarca no sólo el caminar y la compañía, sino el visitar y pasar por los mismos lugares por los que pasó Ignacio; dejamos que estos lugares sagrados nos hablaran. La gracia de la peregrinación es estar abierto a ser tocado cuando menos se espera. Ser capaz de reconocer a Dios cuando lo busco, pero cuando Él ve que más lo necesito.

Si estás pensando en hacer esta peregrinación, te invito a que dejes atrás tu agenda. Lo único que necesitas es un corazón abierto y dispuesto a dejarse tocar, una mentalidad confiada y un buen par de zapatos.

Alejandro Báez, S.J., Peregrino de verano 2017

+ ADMG